

בס"ד

El Viaje de Toba

por *Libby Herz*

ilustrado por *Dena Akerman*



Índice

Conoce a la familia	4
Prólogo.....	6
Capítulo Uno La Carta	7
Capítulo Dos La Despedida	39
Capítulo Tres ¡Todos a Bordo!	49
Capítulo Cuatro Perdido	67
Capítulo Cinco ¡Finalmente, América!	91
Capítulo Seis La Chica Pelirroja	105
Capítulo Siete Una Nueva Vida	121
Capítulo Ocho Calles de Oro	133
Capítulo Nueve Igual a Mamá	171
Capítulo Diez La Búsqueda	181
Capítulo Once ¡Encontrado!	195
Capítulo Doce El Mayor Obsequio	217
Comentario Histórico	228
Glosario.....	233

Conoce a la Familia



Toba- A esta valiente chica de once años le encantan las aventuras. Cuando se embarca en un viaje para cruzar el océano, se da cuenta de lo mucho que su familia significa para ella.



Vélvel- El listo hermano de nueve años de Toba siempre se une a las aventuras de su hermana. Es muy inteligente con los números y es bueno para hacer nuevos amigos.



Luba- La hermana de tres años de Toba es absolutamente adorable. Toba la extraña terriblemente cuando las dos son separadas por el Océano Atlántico.



Mamá- Mamá es una mujer fuerte y trabajadora que se encarga de la familia mientras su esposo está lejos en América.



Papá- Papá viajó a Nueva York solo. Trabaja de la mañana a la noche, tratando de ganar el dinero suficiente para comprar los pasajes para traer a su familia.



Zeide- El *zeide* es encuadernador de libros y erudito en Torá. Toba es muy cercana a su *zeide* y atesora el *sidur* especial que él le dio.



La Tía Fronia- La hermana de papá es una joven discreta que tiene mucha tristeza. Está preocupada por su *jatán*, que desapareció luego de ser reclutado en el ejército del zar.

Capítulo 1

La Carta



—¡Toba, atrápalo! —mi hermano de nueve años, Vélvel, entró corriendo al agua, salvando nuestro mantel de Shabat para que no se fuera flotando por el río Lavnes.

—¡Espérame! —grité, agitando sobre mi cabeza la larga pala que usaba para sacar la suciedad de la ropa. Yo tenía once años, lo suficientemente grande para cuidar a mi hermanito en el bosque. El río donde lavábamos la ropa se encontraba en las afueras del *shtetl*, así que no estábamos *tan* lejos de mamá. Me lancé al agua, siguiendo a mi hermano, que ya estaba metido hasta las rodillas en el helado

río. Agarré el mantel empapado y lo llevé de vuelta a la orilla.

—Mamá se molestará mucho si perdemos un mantel de Shabat —dijo Vélvel. Espesas nubes blancas salían de su boca mientras hablaba—. Le llevó medio año bordar éste.

Vélvel tenía razón. El mes pasado, yo había perdido dos pañuelos para la cabeza, cuatro pañuelos comunes y un viejo par de pantalones por culpa del río Lavnes. Quería demostrarle a mamá que yo era tan digna de confianza como mi hermanito. Y al paso en que iba, aquello no sería una tarea fácil.

A veces, yo sospechaba que mamá hacía que Vélvel me acompañara en estas salidas para que él pudiera ayudarme a recuperar las prendas perdidas.

Puse el mantel contra una gran roca.

¡Zas! ¡Zas! Agité la pala sobre mi cabeza y la dejé bajar con fuerza. Quizás no era buena para recordar cosas, pero era muy buena para golpear la ropa.

¡Zas!

“Eso debería sacar la mugre”, dije entre dientes.

Soplé mis manos congeladas antes de meterlas en el río con el diminuto vestido de mi hermanita Luba. Los pájaros cantaban. Una ardilla gorda se subía a toda prisa por un árbol cercano. De repente, el ruido de pezuñas de caballos perforó los pacíficos sonidos del bosque. El aire quedó atrapado en mi garganta. Los pensamientos de pogroms aparecieron rápidamente en mi mente. Mamá había dicho que por ahora estábamos a salvo de los pogroms. ¿Pero era posible que alguien estuviera ocultándose en el bosque en medio del día? Me corrió un temblor por

la columna. Me agaché y tomé a Vélvel.

—¡Ay, Toba, me estás pellizcando! —
dijo él.

—¡Shhh! —llevé mi dedo a mis labios.

—¡Toba Czapelski! —una voz familiar
resonó entre los árboles. La voz pertene-
cía a Zev Volf, nuestro vecino. Estábamos
a salvo. Me limpié, y puse de pie a Vélvel.

—Puedo levantarme solo, Toba —Vél-
vel apartó mi mano.

—Perdón, sólo trataba de ayudar —dije.

Zev bajó de su caballo dando un salto,
se acomodó su enorme *kipá* negra, y se
sacó el polvo de su chaleco gris. Su ropa
era muy vieja y tenía más agujeros que
tela. Su chaleco se veía como un montón
de cenizas secas unidas por un sastre cie-
go. Si tan sólo tuviera yo un poco de tela,
le haría uno nuevo. Sería muy bonito.

—Tengo algo para ti —dijo Zev—, una carta para que le lleves a tu mamá.

—¿Una carta? —pregunté. Tiré la pala al suelo—. ¿Para mamá?

—¿De quién es? —preguntó Vélvel.

Zev no nos respondió. Metió el brazo en su bolso de cuero y sacó un grueso sobre marrón.

—Esta carta —Zev Volf infló el pecho— hizo todo el trayecto por el océano Atlántico hasta Rusia. ¿De quién es, preguntas? Ah... —Zev Volf se rió—. Eso, lo descubrirás pronto —nos lanzó una sonrisa.

Dejé caer el vestido de Luba al suelo y me sequé las manos con mi delantal. Saqué la carta de las manos de Zev. Vélvel se paró en puntas de pie. Miré fijamente las letras grandes garabateadas en el sobre.

—¿Cuántas cartas recibió mamá este año? —preguntó Vélvel.

—Quizás cinco o seis —dije, llevándome la carta a la nariz. Me encantaba el aroma del papel grueso.

—Entonces ahora mamá recibió siete —dijo Vélvel.

—¿Nu, por qué se quedan parados ahí mirándome a mí como si nada? —Zeb ya se había vuelto a subir a su caballo—. ¡Llévenla! ¡Corran! ¡Entréguensela a su mamá!

—¡Gracias! —exclamé, mientras me dirigía hacia nuestra cabaña.

—¡Toba! ¡Espera! Olvidaste...

—¡Esta carta es importante, Vélvel! —respondí—. ¡Todo lo demás puede esperar! ¡Vamos! —mis botas se tropezaban con la alta hierba y las piedras desparra-

madras. Respirando con dificultad, avancé dando brincos sobre el camino rocoso, agarrando fuertemente la carta contra mi pecho.

Corrimos, pasando al lado de Bérel Ostrowski, que llevaba pesadamente un palo de madera sobre sus hombros. A ambos lados de este palo, Bérel trataba de mantener derechos dos baldes llenos de nutritiva leche. Zushe Michalski estaba sentado en los desmoronados escalones delante de su casita, con una Guemará en las manos, discutiendo con nuestro vecino, Bóruj Goldenberg, quien estaba agitando un pulgar en el aire.

Vélvel iba detrás de mí. Esquivamos dos pollos flacuchos, bordeamos un roble caído y finalmente apareció ante nuestros ojos una familiar cabaña de madera. Entrando rápidamente por la puerta, aspiré la calidez de la sopa de mamá. Luba, de tres años, estaba sentada sobre el piso de



tierra, jugando con unas ramitas.

El *zeide* estaba inclinado sobre su mesa de trabajo. Las páginas nuevas de un *séfer* estaban desplegadas frente a él. Estaba moviendo un punzón afilado, haciendo agujeritos entre las páginas. De repente, levantó una gruesa aguja, le puso un hilo encerado, y empezó a coser entre los agujeros.

—¡Toba! —mamá me miró por encima de la olla llena de sopa. Puso el cucharón adentro y levantó las manos sobre su cabeza.

—¿Dónde está la ropa limpia? ¿El vestido? ¿El mantel? El río no se llevó todo como la última vez, ¿verdad, Toba?

Mamá dio un suspiro. Se limpió las manos con su delantal y se acomodó el pañuelo que tenía en la cabeza.

—Por favor, dime que no volviste a per-

der todo.

No respondí. Levanté las manos, sosteniendo la carta como si fuera una ofrenda de paz.

—Mira lo que te traje —dije.

Mamá quedó boquiabierta.

—Papá... —susurró.

Me apresuré a poner la carta sobre sus manos extendidas. Una carta de papá era algo máspreciado que cualquier otra cosa.

Yo no veía a mi papá desde los ocho años. Recuerdo una de las últimas veces en que lo vi. Yo les había estado dando migajas de *jalá* duro a los pollos, que las habían picoteado y devorado. Entonces me dirigí a la casa, recogiendo piedras para construir una casita para mi gallina favorita, Elka.